

## Reflexiones de una pediatra sobre su vida en la R.D. del Congo

Autora: Rosa M<sup>a</sup> Macipe Costa. Pediatra de Atención Primaria.

**Palabras clave:** pediatra, cooperante, África.

Mi nombre es Rosa M<sup>a</sup> Macipe, soy pediatra de Atención Primaria y estuve trabajando desde 1996 a 1999 en un hospital rural ubicado en Neisu, un pueblo en la selva del norte de la República Democrática del Congo (en ese momento Zaire). El hospital pertenece a una congregación misionera y estuvimos colaborando con ellos durante ese tiempo. Podría contar muchas cosas de esos 3 años, pero he pensado que sería más bonito compartir alguna reflexión personal que me surge desde la experiencia, desde el vivir en primera persona lo que es el contraste de dos mundos tan diferentes. Eres una persona con todo tu bagaje cultural, vivencial, afectivo y de posibilidades que se asoma a la vida de otras personas con también todo un bagaje cultural, vivencial y afectivo, pero con una realidad que merma una barbaridad sus posibilidades.



Lo primero que te llama la atención es como en un país tan inmensamente rico (R.D. del Congo es un gran productor de cobre, cobalto, uranio, oro, diamantes, coltán...), la gente puede ser tan pobre. Como casi siempre, en estos países los beneficios se quedan en manos de unos pocos y de unos gobiernos que son apoyados por países extranjeros, a cambio de importantes beneficios. Curiosamente la desgracia de muchos de estos países es el ser ricos en materias primas y ser foco de intereses extranjeros más preocupados en enriquecerse a su costa que en la pobreza que asfixia a sus gentes.



Muchas veces, esos mismos países participan en reuniones en las que se debate como acabar con la pobreza de esas personas. Cuando ves todo esto, te planteas que mucho más importante que lo que puedas hacer ahí con tu mínima aportación médica, es la labor de denuncia y concienciación que se puede hacer en el norte, frente a las injusticias que se cometen desde ahí.

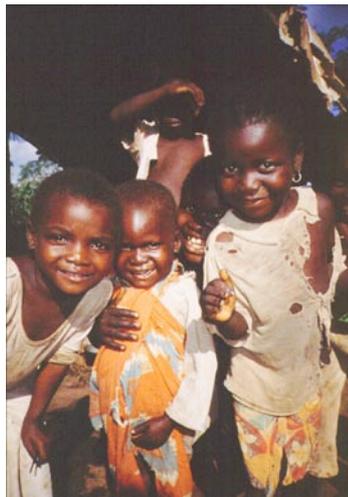


Otra reflexión que me surgía, es la sensación de que la gente de nuestro ambiente, de aquí, valora demasiado el gesto de estar ahí echando una mano. Y es cierto que renuncias a cosas, y en parte te complicas la vida, pero nadie te obliga a ir, vas porque en el fondo quieres ir, respondes a una vocación, a un deseo. Llegas ahí y ves que tus renuncias elegidas, no son ni una pequeña parte de lo que la vida hace renunciar a esas personas. Estas desplazado en un país de escasos recursos pero con apoyo institucional, con unas condiciones de vida y unas posibilidades de alimentación, de vivienda, de seguridad, que siendo peores que las de aquí, son mucho mejores que las de las personas de ese país. Siempre decía que una vez allí quería vivir lo más parecido a la gente y lo cierto es que vivíamos bastante sencillamente, pero sientes que tu renuncia no puede llegar más allá, que hay una serie de cosas materiales y no materiales a las que ya no te sientes capaz de renunciar. Y eso te hace consciente de las condiciones en las que vive la gente, de lo difícil que es la supervivencia diaria, de la muerte cotidiana, de miles de cosas por las que yo no tendré que pasar, y que ellos no han elegido...

Otra reflexión importante que me hacía era que al ser tan difícil la supervivencia cotidiana, la gente vive al día, la gente no se proyecta, no mira más allá, las cosas muchas veces no dependen de ellos y no merece la pena proyectarse en el futuro. Las personas aquí vivimos muchas veces de sueños y proyectos. Nos proyectamos en cosas que haremos, qué estudiaremos, dónde iremos de vacaciones, cuando tendremos hijos, cuantos tendremos, que serán...

y son esos sueños o proyectos los que animan nuestro presente. Allí me di cuenta de que una de las cosas a las que más me costaría renunciar, es a esa posibilidad de mirar al futuro con sueños y proyectos sobre mi vida y la de las personas que quiero.

También fue difícil al comienzo el aprender a desenvolverte en un mundo diferente. Desde que naces hasta la edad adulta aprendes las pautas y las maneras de funcionar en tu ambiente. De repente te encuentras en un mundo distinto, donde tú eres diferente y todo se hace de otra forma; y te lo encuentras todo de golpe, sin conocer bien la lengua ni desde luego el medio. Lo que minimiza un poco el golpe es que hay una gente que más o menos te acoge y acompaña en ese ir aprendiendo a manejarte en ese medio, y lo más importante es el sentirte bienvenido, que la gente aprecia que estés ahí y te ayuda a ir haciendo las cosas. Es importante vivir esa experiencia para solidarizarte con las dificultades que se encuentran los inmigrantes al llegar aquí (una sociedad además, en muchas cosas, más complicada que la suya), y sin el factor importantísimo en mi caso de sentirme bienvenida.



El hospital en el que trabajamos, era un hospital con unos medios limitados, bastante por debajo de algunos hospitales de las ciudades congoleñas y no comparable con hospitales de aquí. No obstante, era el mejor hospital en cientos de kilómetros a la redonda. La gente que atendíamos, sabía que era lo mejor a lo que podía acceder en esa región. Y a pesar de ello, no me hubiera atrevido a tener un hijo ahí. Por muchos medios respecto a otros hospitales del país que tuviera el nuestro y a pesar de ser médico mi marido, con respecto a Europa no hay color. Y aunque los partos suelen ir bien, en caso de complicaciones, no es lo mismo la atención que podríamos dar allí que la que tenemos en Europa. Te das cuenta de que no te atreves a pasar por algo por lo que pasan todas las mujeres en África, muchas veces en peores condiciones que yo, ya que más del 50% de los partos son en domicilio sin ningún

tipo de asistencia, muriendo muchas mujeres y niños, y si sobreviven, con riesgo de secuelas permanentes. Esto en occidente es rarísimo.



Te das cuenta de nuevo de lo privilegiados que somos, del sistema sanitario que tenemos, en el que todo el mundo independientemente del nivel de ingresos, tiene acceso a lo mejor. Por mucho que haya personas que se quejan de que tenemos un sistema sanitario tercermundista, no hay como asomarse un poco a lo que es el Tercer Mundo para valorar, apoyar, defender y sentirse orgulloso del sistema sanitario que tenemos, aunque siempre hay situaciones que se puedan mejorar.

Es absolutamente duro la impotencia y el dolor ante la muerte cotidiana, a menudo producida por enfermedades no graves en su inicio, pero para las que se acude a buscar tratamiento demasiado tarde. En Neisu, y en general en toda África, es habitual que a cualquier madre se le haya muerto más de un hijo. Esto, especialmente cuando tienes hijos, te remueve hasta el fondo. No cabe duda de que la muerte cotidiana te hace vivir más preparado para ella, desarrollando una capacidad de seguir adelante tremenda. Pero el dolor, el dolor ante la muerte de un hijo es igual que el nuestro, y cuando lo has presenciado una y otra vez, y pones cara a los números, te das cuenta de que las cifras no son cifras, que detrás de ellas hay un sufrimiento tan grande, que si alcanzáramos a sentirlo nos resultaría incomprendible no hacer mucho más de lo que hacemos para que eso cambie.



Otra realidad impactante y dura es el SIDA en África. Durante los años que estuvimos fuimos espectadores de la progresión de la enfermedad en el lugar. Al llegar prácticamente no veía niños con SIDA, pero a los 3 años, un tercio de los niños ingresados lo tenían. Se calcula que

el SIDA en África mata 10 veces más personas que todos los conflictos armados del continente. Mata a la gente joven, en edad productiva y deja miles de huérfanos detrás. La tasa de mortalidad en occidente ha caído gracias a las nuevas combinaciones de fármacos que impiden la progresión de la enfermedad, que deben tomarse toda la vida y que cuestan unos 10.000 dólares por paciente y año, mientras que en muchos de estos países el presupuesto sanitario por persona es de unos 10 dólares / año. De nuevo nos encontramos ante la desigualdad brutal, y la diferencia de oportunidades dependiendo del lugar donde naces. No profundizaré más en el tema, pues daría para páginas y páginas.

Y ya por último, tocaré el tema de la guerra. Durante los años que estuvimos, vivimos dos guerras (no entraré a relatar las causas porque volvería al primer punto). A pesar del miedo o la inseguridad, por el hecho de ser occidental te sientes protegido y cuidado. La embajada comunicaba a diario con nosotros para ver si estábamos bien, si necesitábamos algo o si queríamos ser evacuados. Dentro del caos, es tranquilizador saber que eres alguien, que alguien sabe que existes y se preocupa por ti. Eso es algo que no tienen las personas en esos países, ellos son cifras y no cuentan excepto para ellos mismos y sus familias, nadie está pendiente de su seguridad, nadie hará nada por sacarlos de ahí...

Como decía al principio, no hay como asomarse a todo lo vivido para darse cuenta de lo privilegiados que somos, de que las pequeñas renunciaciones que hicimos no son nada comparadas con las renunciaciones que la vida impone a tantos millones de personas anónimas. De que si llegáramos a comprender que esos números catastróficos que se manejan son personas que viven y sienten como nosotros, sería impensable no intentar hacer algo para mejorar el mundo. Pese a que siempre nos quejamos de todo, debemos sentirnos privilegiados por nuestro sistema sanitario, por nuestras posibilidades, por la posibilidad de elegir, por tener un futuro...y por lo tanto deberíamos ser más solidarios con los que no tienen las mismas oportunidades. Que una cara visible de lo que está pasando en todos esos países son los inmigrantes aquí, y que todo lo que hagamos por acogerles, acompañarles y echarles una mano (ellos nos la están echando a nosotros), se la estamos ofreciendo también a toda la realidad que han dejado detrás. Y seamos utópicos, porque como dice Galeano:

*"Ella está en el horizonte. Me acerco dos pasos, ella se aleja dos pasos. Camino diez pasos y el horizonte se aleja diez pasos más allá. Por mucho que yo camine, nunca la alcanzaré. ¿Para que sirve la utopía? Para eso sirve: para caminar".*